

**Discurso pronunciado
por
Adolf Hitler**

**con motivo del 8º aniversario
del levantamiento nacionalsocialista,
en el Sportpalast de Berlín**

el 30 de enero de 1941



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



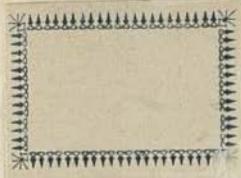
Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



**Discurso pronunciado
por
Adolf Hitler**

**con motivo del 8º aniversario
del levantamiento nacionalsocialista,
en el Sportpalast de Berlín**

el 30 de enero de 1941



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

Compatriotas,

muchas veces ha habido en la historia y también en la historia de nuestro pueblo, cambios de Gobierno. Pero seguramente no ha habido un cambio de Gobierno que haya ido seguido de consecuencias tan profundas como el de hace ocho años. La situación del Reich era desesperada entonces. No se nos llamó para asumir el mando de la nación en un momento en que ésta se hallase en un período de auge sino que se nos dió el poder bajo la coacción más dura imaginable, bajo la presión de la idea de que todo estaba perdido. A los ojos de los bien intencionados esto podía ser quizá un último intento y los mal intencionados esperaban con ello ver condenado al fracaso definitivo al movimiento nacionalsocialista.

Si no se lograba salvar al pueblo alemán como por un milagro, las consecuencias de la situación de entonces tenían que ser catastróficas. Porque ya desde hacía 15 años era ininterrumpida la decadencia. Verdad es que aquella situación no era más que efecto de la guerra mundial y de su resultado, de nuestro desmoronamiento interior político, moral y, por consiguiente, militar también.

Por eso, precisamente en un día como éste, es importante que recordemos la causa de todo aquel infortunio nacional.

¿Cuál fué la causa de la guerra mundial? Demasiado se ha escrito ya sobre ello. Doctores norteamericanos, por encargo del a la sazón presidente Roosevelt investigaron las causas de la guerra mundial comprobando que no podía hablarse de culpabilidad alemana. En momentos históricos de tanta magnitud las personalidades no desempeñan un papel más que cuando verdaderamente se presentan como fenómenos relevantes en la órbita del mundo circundante. Esto no ocurría entonces. Ni en Alemania ni en la otra parte se encontraba ninguna personalidad

de sobresaliente formato. Así pues la causa no podía estar de ningún modo en el fracaso ni en la voluntad de un individuo sino que las causas eran más profundas.

En primer término la forma de gobierno alemana no podía ser causa de la guerra de entonces. Porque Alemania era ya una democracia. ¡Y qué democracia! Exactamente copiada de los modelos extranjeros, del Oeste, una solución de compromiso entre la monarquía y la democracia parlamentaria, es decir, una sedicente monarquía constitucional con un gobierno parlamentario en la práctica. Este estado no podía ser por lo tanto con su forma de gobierno causa de la guerra de las democracias contra el Reich de entonces.

Alemania considerada como factor político en el mundo, podía ser ya más bien una causa, porque, después de un desgarramiento y de una impotencia seculares, se habían fundido por fin los pueblos y los Estados alemanes, aunque más bien exteriormente, en un nuevo Estado, en un imperio, insertándose así en Europa, en el llamado equilibrio de fuerzas, un nuevo elemento que, naturalmente, se consideró como cuerpo extraño.

Quizá era todavía más coactiva la aversión que se sentía hacia el Reich de entonces como factor económico. Mientras que Alemania intentó durante siglos remediar su precaria situación económica, que sometía paulatinamente al hambre a las gentes o las compelia a emigrar, comenzó la Alemania de entonces, a la par que consolidaba su potencia política, a elevarse a una de carácter económico, es decir, a exportar mercancías en lugar de hombres y a asegurarse en el mundo los necesarios mercados de salida. Un proceso que, considerado desde nuestro punto de vista, era justo y natural, fué recibido por otros como una ingerencia en sus dominios más sagrados. Llegamos con ello, precisamente, al Estado que sintió esto como una intromisión insoportable: ¡Inglaterra!

300 años antes había ido constituyendo paulatinamente Inglaterra su llamado Imperio que fué forjado, no por la libre voluntad o por las manifestaciones, los propósitos o ideología de los interesados, sino por la violencia. Se hizo guerra tras guerra, se arrebató la libertad de un pueblo tras otro, se deshizo Estado

tras Estado, para, al final, crear este complejo que se llama Imperio británico.

La democracia era en ello, por doquier, sólo una mera máscara; tras ella estaba en realidad la hegemonía sobre los pueblos en lo grande y la opresión de los hombres y el amordazamiento en los detalles.

... Este Estado no puede arriesgarse hoy a dejar votar a sus miembros sobre si están dispuestos ahora, después de largos siglos de penetración, a ser miembros voluntarios de esa comunidad universal. Al contrario, los nacionalistas indios y egipcios van a parar a miles a los calabozos y cárceles. Los campos de concentración no han sido inventados en Alemania, sino que son los ingleses sus inventores, para, por medio de tales instituciones, quebrar paulatinamente la columna vertebral de otros pueblos, desmoralizar y disolver su resistencia nacional y para disponer así al fin, a los mismos a aceptar el yugo británico de la democracia. Para ello se sirvió Inglaterra, por cierto, todavía de otro medio poderoso: de la difamación y de las frases propagandísticas. Hay un refrán que dice, que cuando el inglés habla de Dios, son los negocios lo que quiere dar a entender. Y lo mismo sucede hoy. Cuando se piensa cuán piadosos y creyentes se muestran al exterior estos hombres, que con absoluta sangre fría arrastran a un pueblo tras otro a una lucha que sólo sirve a sus intereses materiales, sólo se puede decir una cosa: rara vez ha llegado la hipocresía humana a un grado de tanta magnitud como el que ha alcanzado en la actualidad entre los ingleses. En cualquier caso, el resultado de esos 300 años sangrientos recorridos por la historia inglesa, es el hecho de que 46 millones de ingleses en la metrópoli dominan hoy dimensionalmente y también demográficamente una cuarta parte de la superficie terrestre, es decir, que a 46 millones de hombres corresponde un espacio de 40 millones de kilómetros cuadrados en números redondos.

Es de suma importancia, compatriotas, que repitamos esto siempre de nuevo en alta voz ante el mundo, porque los desvergonzados difamadores demócratas se presentan, sosteniendo que los llamados Estados totalitarios quieren conquistar la

tierra, mientras que en realidad nuestros antiguos enemigos vienen siendo desde siempre los conquistadores del mundo. En su constitución, este Imperio británico sólo ha dejado un rastro de lágrimas y de sangre. Domina hoy, sin ninguna duda, una gigantesca parte de la tierra, pero esa dominación mundial no se ejerce tampoco ahora en virtud de la fuerza de la idea, sino esencialmente por medio de la fuerza de la violencia y, en tanto que ésta no es suficiente, por medio de la fuerza de los intereses capitalistas o económicos.

Cuando consideramos la singular génesis de ese Imperio británico, entonces se nos presenta inteligible ese proceso a través del hecho de la eliminación total del continente europeo, como un factor en sí, frente a ese desarrollo. Esto se documentó, ante todo, con la eliminación del Reich. A lo largo de 300 años no ha existido prácticamente una Alemania. Mientras los ingleses hablaban de Dios y pensaban no obstante en sus intereses económicos, el pueblo alemán ha vivido entregado durante siglos enteros a sangrientas guerras internas, provocadas por una exageración de las cuestiones religiosas en litigio, lo que ha constituido una de las condiciones previas para la creación del Imperio universal británico.

En la medida en que el pueblo alemán consumió su fuerza en el interior y, por consiguiente, quedó descartado como factor de influencia exterior, pudo Inglaterra formar, a base de la rapiña su Imperio universal.

Pero no sólo fué Alemania la que quedó eliminada durante tres siglos de la competencia sobre esta tierra. Lo mismo puede decirse de Italia, donde se presentaron fenómenos semejantes, que, aunque de un carácter menos religioso, lo tuvieron, por lo contrario, estatal y dinástico. Y de nuevo por razones distintas se produjo la eliminación de otras grandes naciones en el Asia oriental, que también hace 4 siglos empezaron a excluirse del resto del mundo y que, no atendiendo a su propio espacio vital, se hundieron en su retraimiento voluntario.

De este modo surgió especialmente en Europa una constelación política que Inglaterra designaba como un supuesto equilibrio de fuerzas, pero que, en realidad, era una desorganización del

continente europeo en beneficio de las islas británicas. Por eso viene siendo también, desde hace siglos, fin de la política inglesa el mantener esa desorganización; naturalmente que no bajo este nombre, sino bajo otro término más bello. No hablaba, como ya he dicho, de negocios y de desorganización de los pueblos, sino de Dios o de « el equilibrio de las fuerzas ».

Y sólo ese llamado equilibrio de las fuerzas, lo que quiere decir en realidad impotencia interna de Europa, ha hecho posible que Inglaterra pudiera enfrentar en cada caso y según su necesidad un estado con otro y, por consiguiente, complicar de un modo constante la fuerza europea en luchas interiores, mientras que ella, por su parte, avanzaba con plena tranquilidad por las zonas del mundo que ofrecían relativamente una resistencia menor.

Y sin embargo, es sólo una ilusión que hoy nosotros hablemos todavía de una potencia mundial de Inglaterra o de Inglaterra como señor del mundo. A pesar de su conquista del mundo, Inglaterra es en el interior el Estado más retrógrado, socialmente, que hay en Europa. Un Estado, toda su organización se realiza según los intereses de una clase social elevada relativamente pequeña y dispersa, y de una sociedad judía vinculada con ella. Los intereses de la gran masa no representan absolutamente ningún papel en la organización de este Estado. También aquí se recurre a frases, se habla de libertad y, sin embargo, sólo se entiende por ello la estabilización del régimen de una clase social que tiene la prensa en sus manos, gracias a su capital, la organiza y dirige y forma con ello la « opinión pública ». Así es posible que en un complejo tan favorecido por la naturaleza, en un Estado que dispone de las mayores riquezas de la tierra y también de gigantesco espacio vital, en el que, considerado en conjunto, apenas hay un habitante por kilómetro cuadrado, millones de hombres no tengan la menor participación en estas bendiciones, sino que vivan más miserablemente que los de nuestros superpoblados países centroeuropeos. El país que es un paraíso para unos pocos, es, en realidad, para la masa, sólo una infinita miseria: miseria en la alimentación; miseria en el vestido; miseria, sobre todo, en la vivienda, en la seguridad de la remuneración y de toda la legislación social.

Y si hoy surge súbitamente un laborista inglés — que, además, es remunerado por el Estado como « opositorista » — y dice: « Después de esta guerra, después de su triunfo, Inglaterra debe comenzar a ocuparse de cuestiones sociales y a resolver problemas sociales: tendremos que preocuparnos también por la gran masa », etc., sólo puedo decir a este laborista: ¡Esto ha ocurrido hace mucho tiempo entre nosotros!

Esto sólo es interesante para nosotros, porque asevera nuestra afirmación de que Inglaterra, socialmente, es el país más retrógrado del mundo. Esta gigantesca riqueza exterior es en realidad, por lo tanto, considerada interiormente, algo estéril, si se prescinde de unos pocos y se trae a comparación a la masa más considerable.

Pero también exteriormente es esta hegemonía mundial una apariencia. El mundo ha recibido nuevos centros y han surgido fuera de este continente europeo, a muy lejos de él, Estados gigantescos que no pueden ser atacados por Inglaterra ni siquiera amenazados alguna vez. Ahora, toda la idea de predominio mundial británico reposa todavía sólo en lograr constantemente la ayuda de extraños para proceder contra el continente. Fuera de este continente europeo, puede intentar mantener su posición la diplomacia inglesa mediante la tentativa de mezclar otras fuerzas en el juego. Es decir, por lo tanto, ahora debe esforzarse ya por ampliar el llamado equilibrio de las fuerzas en Europa hasta un equilibrio de las fuerzas en el mundo, con otras palabras, enfrentar a unos grandes Estados contra otros, para conservar por lo menos una parte de su gran potencia.

Desde hace muchos años nos odian

En Europa, el despertar de los pueblos ha suprimido ya la denominada teoría del equilibrio, por consiguiente, el principio de la desorganización del continente. En ese continente desorganizado se ha iniciado el proceso que ha convertido en un pueblo a la nación alemana y con ello, la constitución del nuevo Reich. A nuestro sur siguió Italia el mismo camino. De este

modo han surgido nuevos elementos que han hecho que se convirtiese en una quimera el equilibrio de las fuerzas. Y en ello vemos la causa profunda y real de la Guerra Mundial.

Desde 1871, desde que los pueblos alemanes empezaron a organizarse y bajo la dirección de un estadista genial formaron de nuevo un Reich, por consiguiente, desde que el renacimiento nacional del pueblo alemán que venía ya anunciándose largo tiempo encontró la unidad estatal, los ingleses empezaron a perseguir con su odio a esa nueva creación. Ya en 1871, en 1870, inmediatamente después de la batalla de Sedán, empezaron los periódicos británicos a señalar que esa nueva formación era para Inglaterra más perjudicial de lo que fué la antigua Francia. Ya entonces se había esperado, que Prusia pudiese lograr vencer a Francia en una larga guerra; pero no se quería que de ella surgiese un renacimiento nacional alemán y siquiera un nuevo Reich. Así vino aquel tiempo que transcurre de 1871 a 1914, en el que Inglaterra instigaba imperturbable a la guerra contra Alemania, en el que en cada ocasión acosaba a ésta, hasta que al fin estalló la guerra mundial, la obra de un pequeño grupo de vagabundos internacionales sin escrúpulos.

También esa Guerra Mundial sólo la pudo hacer Inglaterra con ayuda extraña. Es interesante al considerar esto, el examinar el desarrollo de esa política imperialista británica desde hace unos 400 años. Primero, la lucha contra España con apoyo de los holandeses; luego, contra los holandeses con el auxilio de otros Estados europeos, entre ellos Francia; después, contra Francia con la ayuda de Europa y, por último, contra Alemania contando también con Europa y con el resto del mundo que se hallaba a su disposición. La Guerra Mundial, que conmovió a Europa desde 1914 a 1918, fué exclusivamente el producto querido por la política inglesa. A pesar de que entonces se movilizó al mundo entero contra Alemania, ésta no fué vencida en realidad. Esto lo podemos decir hoy tranquilos. Yo no quiero ser un crítico del pasado en tanto no lo haya hecho mejor. Pero hoy puedo, como hombre que ha actuado mejor, observar también críticamente el pasado y juzgarlo. Y sólo puedo decir, que el éxito del año 18 es resultado exclusivamente de una rara acu-

mulación de incapacidades personales en la dirección de nuestro pueblo, una acumulación única que, pueden creérmelo, no se presentó hasta ahora jamás en la historia y que no se repetirá en el futuro.

Eramos demasiado crédulos

Y a pesar de ello, el soldado alemán resistió firme a lo largo de más de 4 años el asalto de un mundo enemigo. Y él habría resistido todavía más, si a ello no se hubiese añadido entonces un nuevo factor, la credulidad del pueblo alemán en la honorabilidad del resto del mundo democrático y sus estadistas. Esa credulidad, que entonces fué lamentada por muchos, ha tenido una terrible recompensa histórica.

Y cuando hoy vienen los ingleses y creen que basta poner en el gramófono los viejos discos de la propaganda de 1917 a 1918, para obtener un nuevo efecto, entonces sólo puedo decir, que no han olvidado nada, pero — también para su desgracia — que tampoco han aprendido nada. Y en esto se diferencian del pueblo alemán. Este ha aprendido desde entonces, pero tampoco ha olvidado nada. No queremos ser meticulosos al considerar esto; en la historia se ha faltado ya a la palabra algunas veces, pero lo que sucedió en los años 1918, 1919, 1920 y 1921 no fué una deslealtad, sino faltar en serie a las palabras dadas. No se ha sido infiel a una palabra, sino que no se ha mantenido ninguna. Nunca ha sido defraudada una nación en forma tal como lo fué entonces el pueblo alemán. ¡Qué cosas nos aseguraron, qué no dejaron de prometer a ese crédulo pueblo, y qué hicieron con él! Lo despojaron y exprimieron. Para despertar en él una mayor credulidad se sirvieron de un estadista extranjero, de un americano, y quizá fuese ésa la causa que hizo que el pueblo alemán fuera víctima de esa maniobra. También en ese aspecto se halla definitivamente inmunizado contra cualquier intento semejante que se hiciese en el futuro. El pueblo alemán tuvo entonces un año tras otro ocasión de reflexionar sobre la honorabilidad de las garantías y promesas democrá-

ticas, y de las palabras y de los estadistas democráticos, de establecer comparaciones y de sentir todo ello en su propio cuerpo. Y es de esa época, finalmente, de la que surgió el movimiento nacionalsocialista.

El prodigio de la fe

Cuando se pregunta: ¿Por qué se ha arrojado Vd. en brazos de una ideología completamente nueva? Porque la vieja ha fracasado deplorablemente. No sólo en el interior. La democracia era entre nosotros una creación miserable. Cuando concurrían de 40 a 50 partidos, con sus intereses ideológicos, que partiendo de la idea de propiedad, tenían en cuenta tanto la de una asociación de ciclistas como la de los propietarios de casas, entonces era ya ello en sí mismo una cosa sumamente deficiente. Pero, prescindiendo en absoluto de esto, si nosotros hubiésemos sido recompensados por lo menos desde el exterior por esa lamentable deformidad democrática interior, se hubiese podido decir, es cierto, en el interior ha fracasado la cosa, pero, por lo menos, se nos trata decentemente en el exterior. En el interior fué todo ello únicamente un sainete; pero a nuestro alrededor se hacía como si nos quisiesen tomar en serio; por lo menos cumplieron algo de lo que habían prometido. ¿Pero a quién expoliaron a lo largo de 15 años, a quién engañaron e hicieron objeto de chantaje durante los mismos? ¿Acaso al Estado nacionalsocialista? No, a la democracia alemana. Cuando salí en 1918 del hospital de sangre para ir a mi casa y viví el invierno de 1918 a 1919, entonces ví con claridad, igual naturalmente que otros muchos, que del mundo político que existía en Alemania no se debía esperar ya más una renovación. Y empecé por eso a buscar, como tantos otros. Entonces surgió la concepción, que más tarde conquistó al pueblo alemán como nacionalsocialista, partiendo del conocimiento de que la nación alemana había caído por permitirse el lujo de consumir su fuerza en el interior. De acuerdo con una ley de validez eterna ese desgaste de fuerza en el interior suprime el vigor hacia afuera. La democracia de

entonces esperó, naturalmente, lograr la amistosa simpatía de los otros, pero no conoció nada más que el cruel y desnudo egoísmo y los abyectos intereses financieros que empezaron a hacer objeto de pillaje de cuanto podían encontrar. No se debía haber esperado ninguna otra cosa.

Pero la suerte estaba echada. Algo me parecía claro: todo verdadero resurgimiento no podía venir del exterior, sino que sólo debía tener su principio en el interior. En primer lugar, la nación alemana tenía que experimentar una nueva ordenación de su vida política interior, que hiciera posible aunar de nuevo toda la fuerza de Alemania y particularmente la idealista. Esta última se encontraba, dada la situación de entonces, en dos campos: en el socialista y en el nacionalista. Precisamente esos dos partidos que se hostilizaban cruelmente y se combatían a muerte, tenían que ser fusionados en una nueva unidad.

Hoy, compatriotas, cuando bajo el signo de esa unidad marchan millones y millones de hombres, parece ello una cosa completamente natural. Pero en los años 1918 y 1919 aparecía sólo como el engendro de una fantasía enferma. A lo sumo se compadecían de mí, pero quizá fué esto mi suerte, compatriotas, si me hubiesen tomado en serio en aquel entonces, es probable que me hubieran aniquilado, pues el Movimiento era demasiado pequeño para poder ofrecer resistencia a un exterminio. Así fué quizá algo querido por el destino o por Dios el que se rieran y burlasen de nosotros, y que cierta propaganda se divertiese a nuestra costa y que se considerase todo como un juguete cómico. Así se logró paulatinamente el constituir en nuestro Movimiento la célula primera de una nueva comunidad nacional y el ganar para el mismo, iniciado sólo por hombres desconocidos, — lo que es una increíble manifestación histórica — adeptos que procedían en primer lugar de las masas populares.

Únicamente en un segundo Estado se puede considerar hasta ahora logrado ese proceso, en Italia, de lo contrario en ningún otro de Europa. En muchos Estados vemos tal vez un principio de ello. En algunas democracias se reconoce la importancia de un proceso tal y se cree alcanzar algo semejante por medio de imposturas. Pero olvidan, sobre todo, que un renacimiento tal

de un pueblo es realmente un proceso maravilloso, un proceso que presupone más fe que sabía pedantería. Y el hecho de que fluyese a nosotros en los años 1918, 1919, 1920 y 1921 paulatinamente esa fe primitiva de las masas populares, constituye el primer núcleo de nuestro Movimiento. Y ella fué la que hizo que luchasen por el porvenir de esa idea y de ese Movimiento y por su ulterior triunfo los pequeños hombres que venían de las empresas, fábricas, minas, granjas, oficinas, etc.

Entonces pensamos: si la nación alemana no restablece su posición en el mundo, es decir, si no vuelve a ser un factor de fuerza, en poco tiempo tendrá, en efecto, veinte millones de hombres menos. Porque esto podía calcularse: la desocupación iba extendiéndose de año en año y con ello se presentó el desconcierto en la concepción nacional y en el planeamiento económico. El eterno cambio de Gobierno impedía toda previsión a largo plazo. Los proyectos a más de tres meses de plazo no tenían sentido alguno, porque el que los hacía podía saber de antemano que dentro de tres meses ya no gobernaría. El uno decía: « ¿Por qué voy a hacerlo mejor, si va a venir después otro a aprovecharse? ». No se encontró ya razón alguna para proceder siquiera a soluciones verdaderamente radicales. Con esto tenía necesariamente que aumentar la impotencia nacional, propagarse la decadencia, engrosarse el número de parados y mermar el de los que estaban en el proceso de trabajo, tenían que aumentar las cargas que pesaban sobre éstos, disminuir su resistencia y, finalmente, no podía venir más que el derrumbe cuyo fin no podía calcularse. Y así podía preverse que se realizaría la humana y sentimental profecía del gran demócrata francés Clemenceau de que había en Alemania 20 millones de hombres de sobra. Frente a esto surgió el programa de una concentración de la fuerza alemana con el objeto de afirmar nuestro derecho vital en todos los sentidos.

Con esto elegimos un camino entre dos extremos. Primero habíamos incurrido en un extremo, el liberal, individualista, que coloca al individuo en el centro, no sólo de su consideración, sino también de toda su acción. Por otra parte estaba la teoría de la humanidad como concepto universal. Y entre estos dos extremos

se halla nuestro ideal: el pueblo en el cual vemos una comunidad espiritual y material, querida y formada por la Providencia, en medio de la cual estamos colocados y dentro de la cual podemos forjar única y exclusivamente nuestra existencia. Conscientemente hemos supeditado a esta finalidad nuestros pensamientos, amoldado a esa finalidad los intereses y puesto de acuerdo con ella todas las medidas. Así surgió la ideología nacionalsocialista que es una superación del individualismo no en el sentido de que cercene la capacidad individual o paralice la iniciativa personal, sino únicamente en el sentido de que sobre la libertad individual y sobre toda iniciativa personal está el interés común y que este interés común es lo que regula, lo que determina, si es preciso lo que reprime, pero si es preciso también, lo que ordena.

Grandes sacrificios

Con esto empezamos entonces una lucha contra todos, contra los partidarios del principio individualista lo mismo que contra los partidarios de la idea de humanidad. Y en esta lucha hemos conquistado en 15 años la nación alemana. Siempre sustenté el criterio de ganar a mis compatriotas. Y si este Movimiento en un año contó los primeros 10.000 partidarios y luego fué creciendo cada vez más, estos partidarios no eran más que compatriotas que antes habían pensado de otro modo. En las filas de mi partido no había más que alemanes que ya antes habían estado también en otros movimientos. Cientos de miles de mis SA. y de mis SS habían luchado antes en otras organizaciones. Aquella fué la mayor lucha espiritual que se ha librado quizás en nuestra Historia. Yo no podía obligar a nadie a venir conmigo, a entrar en mi organización. Todos tenían que estar convencidos interiormente y sólo por ese convencimiento interior han aceptado luego el gran sacrificio.

Esta lucha tenía que librarse verdaderamente con el espíritu, es decir, con la fuerza del discurso, de la palabra, del escrito y, por consiguiente, de la persuasión. Y sólo cuando un adversario de mala voluntad decía: « En espíritu no puedo resistiros, pero

soy más fuerte que vosotros. Y como no puedo hacerlos frente con el espíritu, os haré frente con la fuerza»; sólo entonces, como antiguo soldado, elegí también la única respuesta que conviene a la fuerza: fuerza contra fuerza.

Así surgió el movimiento combativo que luchó con el espíritu mientras los otros estaban dispuestos a oponerle también armas espirituales, pero que no se arredraba de apelar a la fuerza cuando los otros por su parte creían poder matar con ella el espíritu.

El camino legal

Teníamos aquí como enemigos a los que siempre se opusieron a nosotros, incluso desde fuera: una mezcla de gentes de todos los países que sentían, pensaban y obraban internacionalmente. Ya conocéis, compatriotas, las coaliciones que entonces se presentaban contra nosotros, y bien puedo decir hoy, que en aquella lucha espiritual hemos sido en todas partes superiores a ellos, pues, cuando fui llamado, por fin, al Poder, llegué bajo la presidencia del Feldmariscal von Hindenburg por vía legal, en virtud del fortísimo Movimiento que estaba tras de mí.

Es decir, que la llamada Revolución Nacionalsocialista ha vencido en la democracia a la democracia con la democracia.

La Revolución Nacionalsocialista se aseguró todos los medios de poder por caminos estrictamente legales. Hoy mismo estoy ante vosotros por virtud del mandato de la nación alemana, un mandato más amplio del que actualmente tiene ningún estadista llamado democrático.

Nuestro programa

Cuando en 1933 llegué al Poder, nuestro camino estaba claramente señalado. En el interior estaba precisamente determinado por una lucha de 15 años que nos había obligado ante el pueblo alemán en miles de manifestaciones. Y sería indigno y merecería

que se me lapidase si hubiese retrocedido o retrocediese siquiera un paso de ese programa.

Ese programa decía en el orden social: restablecimiento de la comunidad nacional alemana, superación de todas las clases y prejuicios de casta, educación del alemán para la comunidad y, si es necesario, quebrantar la resistencia de los que no quieran someterse a esa comunidad.

En el orden económico decía: creación de una economía nacional alemana que, reconociendo la importancia de la iniciativa privada, supedite y someta sin embargo toda la vida económica a los intereses generales.

Y creedme, tampoco aquí es concebible otra finalidad. En épocas en que los pueblos están obligados a salir a los campos de batalla para defender sus intereses, sin poder hacer excepción entre los que tienen mucho y los que tienen poco que defender, en esas épocas no pueden mantenerse los privilegios económicos o las primacías contra los intereses de la comunidad.

Versalles, la mayor injusticia

Como siempre, también aquí seguí el camino de la enseñanza, de la educación, de la lenta adaptación. Porque mi orgullo era realizar esa revolución sin que en Alemania se rompiese un cristal siquiera, una revolución que condujese a las mayores transformaciones que jamás se hubiesen efectuado en el mundo y que no destruyese lo más mínimo de los valores, sino que lo fuese ordenando paulatinamente todo, que fuese cambiando un disco tras de otro hasta que, finalmente, encontrase la gran comunidad su nueva forma. Este era nuestro fin.

Y lo mismo era en política exterior. Mi programa aquí fué: eliminación de Versalles. Que no pretenda ahora neciamente el mundo hacer ver que éste es un programa que yo no descubrí hasta 1933, 1935 ó 1937. En vez de escuchar esos señores la estúpida palabrería de los emigrados, deberían haber leído lo que he escrito miles de veces.

No puede un hombre decir ni escribir más veces lo que quiere, que lo que yo he dicho y escrito siempre: eliminación de Versalles.

No porque se me hubiese metido esto en la cabeza, sino porque Versalles era la mayor injusticia y el trato más vil de un gran pueblo que se haya registrado en la historia y porque sin la eliminación de ese instrumento de coacción y de aniquilamiento de Alemania habría sido imposible conservar en el futuro la vida de nuestro pueblo.

Con este programa, siendo todavía soldado, me presenté el año 1919 y hablé sobre él por primera vez, y este programa lo he sustentado incesantemente durante todos los años de la lucha por el Poder como un imperativo solemne y vinculatorio. Y cuando llegué al Poder no me dije, como los políticos democráticos: ahora, conseguida la finalidad, podemos desecharle, sino que en ese momento dije: gracias, Señor, por haberme llevado adonde pueda realizar por fin mi programa.

Ofrecimiento tras ofrecimiento

Pero tampoco quise realizar por la fuerza este programa, sino que he hablado cuanto un hombre puede hablar. Testimonio de ello son mis discursos en el Reichstag que no hay estadista democrático que pueda hacerlos desaparecer de la historia. ¡Cuántas ofertas no les he hecho! ¡Cuánto no les he pedido que fuesen razonables y no cortasen a un gran pueblo sus posibilidades de vida y de existencia! ¡Cuánto no les he demostrado que esto no les reportaría a ellos ninguna ventaja, que era insensato y que no haría más que perjudicarles a ellos mismos! ¡Cuánto no he hecho en estos largos años para facilitarles el camino de una inteligencia! No habría sido necesario llegar a esta carrera de armamentos si los otros no hubiesen querido. Yo les he hecho proposiciones. Pero el ser yo el que hacía toda proposición bastaba para que inmediatamente cierta clique capitalista internacional y judía se soliviantase lo mismo, compatriotas, que en la misma Alemania donde también toda proposición razonable

hecha por los nacionalistas se rechazaba desde luego por el mero hecho de proceder de nosotros.

Así fué también aquí. Mi discurso del 17 de mayo de 1933 en el Reichstag y otros posteriores, mis innumerables manifestaciones en asambleas públicas, todos los memorándums que yo entonces redacté, estaban dominados por una idea: encontrar a toda costa un camino para realizar pacíficamente la revisión de este Tratado.

Todo fué en balde

Y que este Tratado era un documento alevoso, como lo reconocieron al fin, incluso sus autores, llegaron incluso a admitir que debía estudiarse la posibilidad de una revisión. Habían destinado para ello la Sociedad de Naciones, es decir, habían encomendado las ovejas al lobo. Esta Liga ginebrina, que estaba allí, por una parte, para asegurar que se cumpliese este Tratado, debía, por la otra, ser competente para su revisión. Primeramente, no figurábamos nosotros en la Sociedad de Naciones, y más tarde, la participación alemana sólo fué, en el fondo, una aportación de cuotas anuales. Esto fué lo único « positivo » que de ello se dedujo para el Reich. Pero, por lo demás, hasta era el Reich una democracia. Sus demócratas mendigaron allí, cayeron de rodillas en Ginebra ante este foro internacional y rogaron: « ¡Dadnos la revisión! » Todo fué en balde.

Como nacionalsocialista, vi, al cabo de pocos meses, que nada podía alcanzarse ante este foro y entonces saqué las consecuencias. Nuestros enemigos nos han confundido siempre, al parecer, con las gentes con quienes tenían que ver desde noviembre de 1918. Pero ni el pueblo alemán, ni nosotros tenemos nada en común con esta gente. ¡Esto no era Alemania! ¡Esto era un par de miserables sujetos pagados por ingleses y franceses y mantenidos por judíos! ¡Esto no era el pueblo alemán! ¡El pueblo alemán no tenía nada que ver con ellos! ¡Ponernos en relación con ello es un ultraje para nosotros!

Por lo tanto, cuando se creía poder emplear contra nosotros los mismos métodos que antes contra los hombres de noviembre,

se estaba ciertamente en un error. Naturalmente, hablaban sin nombrar las cosas por su nombre. Ellos no debían esperar esto de nosotros: que fuéramos a Ginebra, para mendigar continuamente, recibir repulsas y mendigar de nuevo. ¡Aquí confundían a los antiguos soldados alemanes del frente con los traidores de 1918!

Los ingleses no nos han vencido

Estos hombres de noviembre no podían proceder de otro modo que sometiéndose, pues estaban presos en las cadenas financieras de este otro mundo. Pero nosotros, nosotros no teníamos absolutamente ninguna razón para humillarnos ante este otro mundo; o imaginaban quizá realmente los ingleses que yo padecía algo como un complejo de inferioridad frente a Inglaterra. Entonces fuimos engañados por sus patrañas y por una mentira. ¡Pero los soldados británicos no nos han derrotado! Tampoco hasta ahora existe todavía la apariencia de que haya variado algo en esto.

Por consiguiente, era claro para mí que si nada se alcanzaba en Ginebra por el camino de las negociaciones y los regateos entonces nos alejaríamos nosotros de Ginebra. En mi vida, hasta ahora, no me he entrometido nunca en lo de nadie. Quien no quiera hablar conmigo, no necesita hacerlo. Yo no lo necesito.

Un imperio antes que Inglaterra

Somos 85 millones de alemanes y estos alemanes tampoco lo necesitan, pues tienen un formidable pasado histórico. Fueron ya un imperio cuando Inglaterra era todavía una pequeña isla.

Y por cierto, hace algo más de 300 años.

Así se nos impuso el camino por el que hemos ido. La Liga de Ginebra sólo tenía para nosotros burla y escarnio. Por esto nos alejamos. Lo mismo la Conferencia del Desarme; la aban-

donamos entonces. Y ahora hemos tomado el camino que forzosamente debíamos tomar, preocupado siempre, como nadie podría estarlo, por llegar todavía, no obstante, a una avenencia. Y yo puedo indicar a este propósito que en un caso parecía casi a punto de lograrse, precisamente con Francia. Cuando se desarrolló el plebiscito del Sarre y este territorio volvió a nosotros, sacamos las consecuencias, consecuencias muy graves. Entonces había renunciado yo a una nueva revisión de las fronteras alemanas en el Oeste. Los franceses recibieron esto como cosa natural. Yo he declarado al Embajador francés que esto no era tan natural como ellos lo imaginaban. Yo le declaré: « ¡Traemos aquí un sacrificio en aras de la voluntad de paz. Lo traemos, pero queremos cuando menos tener la paz! »

Pero la desconsideración de estos plutócratas capitalistas estalló nuevamente en poco tiempo en estos países, fomentada por emigrantes que daban de la situación alemana un cuadro que, naturalmente, sólo era insensato, pero que fué creído porque parecía ser agradable y que, naturalmente, fructificó gracias al odio judío. Esta coalición de intereses plutocráticos por una parte, instintos de odio judíos y el placer vengativo de los emigrantes, por otra, han conseguido ofuscar cada vez más al mundo, ofuscarlo con frases y excitarlo contra el Reich alemán de hoy, exactamente lo mismo que antes contra el que nos precedió. Entonces tenían algo contra la Alemania imperial. Ahora contra la Alemania nacionalsocialista. ¡En realidad, por consiguiente, contra la Alemania de siempre!

Nuestros intereses a todo precio

Ahora, por cierto, estaba tomada mi decisión de no dejarme arrebatado bajo ninguna circunstancia nada de nuestros derechos, pues no se trataba ya de teorías, sino de sacrificar en el porvenir la vida de millones de hombres. Pero yo no renuncio a ningún punto de mi programa de partido, pues yo no sacrifico el porvenir de nuestra raza. Nadie está autorizado para esto, fuera de cuando se presenta abiertamente ante el pueblo y dice: yo

no puedo representar más tus intereses. Entonces debe otro asumir la responsabilidad.

Pero nosotros no hemos llegado al Poder con el propósito de ceder los intereses de la nación alemana, sino que yo he venido con este juramento. ¡Yo represento a todo precio los intereses alemanes! Compatriotas, no es como si la entrega de intereses en un año trajera la calma para todos los tiempos venideros. Nosotros hemos visto esto en el antiguo Reich alemán, que empezó con la entrega de las provincias occidentales del Reich. Pero esto iba cada vez más lejos. Y cada decenio ha exigido nuevos sacrificios, hasta que Alemania, al fin, se encontró despedazada y cayó sobre nuestro pueblo una impotencia de siglos.

Yo estoy decidido de antemano, a este respecto, a no retroceder una pulgada

Cuando vi que los viejos belicistas de la guerra mundial, como Churchill, Eden, Duff Cooper, Hore Belisha, Vansittard, Chamberlain, Halifax, etc. reanudaban su criminal actividad en Inglaterra, que estos viejos hombres, exactamente como entonces, recomenzaban su agitación, me convencí de que a esta gente no le interesaba encontrar una inteligencia justa con el Reich, sino que creían a título gratuito y por cierto, cuanto más rápidamente tanto más fácil, poder derrotar a Alemania. Vosotros, mis compatriotas, sabéis lo que entonces ocurrió.

El armamento alemán

En estos años, a partir del 34, he procedido al rearme. Cuando en septiembre de 1939 di a conocer en el Reichstag el nivel de los armamentos alemanes, los otros no lo creyeron. Esto puede ser comprensible, pues, quien sólo vive de la patraña, cree que tampoco los otros hacen más que mentir. Nosotros hemos presenciado también esto en el interior. Tampoco en Alemania me

creyeron nunca mis adversarios. Cada profecía era objeto de irrisión, cada declaración presentada como algo cómico, cada cuadro del porvenir calificado de quimera. En el exterior hemos presenciado esto exactamente como entonces en el interior. Pero yo sólo puedo decir al mundo: Sin embargo yo he armado, y, por cierto, he armado mucho. Este pueblo alemán lo sabe bien hoy. Pero no lo sabe en toda su extensión ni todo. Pero tampoco es absolutamente necesario que todo se diga. Lo decisivo es que todo se haya hecho.

No hemos exigido nada de los otros. Cuando Francia entró en esta guerra no tenía absolutamente ningún motivo. Era sencillamente el placer de luchar nuevamente contra Alemania. Decían: « ¡Queremos Renania! ¡Queremos despedazar el Reich! ¡Queremos arrancar el Austria, disolver a Alemania! » Así incurrieron en salvajes fantasías que son enteramente imposibles en el siglo XX, en el siglo de la idea de las nacionalidades. Todo esto es simplemente pueril.

No hemos exigido más que lo que nos pertenece

¿E Inglaterra? Yo le he tendido la mano reiteradamente. Era precisamente un punto de mi programa llegar a una avenencia con el pueblo inglés. No teníamos absolutamente ningún punto litigioso. Sólo había una cuestión: restitución de las colonias alemanas y sobre ello dije: sobre esto queremos tratar alguna vez. Tampoco el tiempo desempeñaba papel alguno. No fijé absolutamente ningún plazo. Las colonias no tienen finalidad para Inglaterra, que dispone de 40 millones de kilómetros cuadrados. ¿Qué hace con ellos? Absolutamente nada. Es sólo la codicia de viejos usureros que no quieren desprenderse de lo que poseen. Son seres enfermizos que ven cómo su vecino no tiene nada que comer, que ven que no pueden consumir lo que poseen, pero prefieren arrojarlo al mar antes de entregarlo; les horripila la idea de que podrían perder algo. Yo no he exigido absolutamente nada de lo que ha pertenecido a los ingleses, sino solamente lo que nos han robado y arrebatado en los años 1918

y 1919. Robado y arrebatado en contraste con la solemne seguridad del Presidente americano Wilson. Nosotros no hemos exigido ni solicitado nada de ellos. Les di siempre la mano de nuevo y, apesar de ello, todo fué inútil. Las razones son claras para nosotros. Es la primera, en sí misma, la unión alemana. Odian a este nuestro Estado, sea cualquiera su forma externa, imperial o nacionalsocialista, demócrata o autoritaria. Esto les resulta indiferente. En segundo término aborrecen ante todo el auge social de este Reich.

Y aquí se enlaza el ansia de dominio exterior con el más rastroso egoísmo intericr. Cuando dicen: « Nunca podemos entendernos con este mundo », es con el mundo de la conciencia social que despierta, con quien no pueden entenderse. A este propósito yo sólo puedo decir a estos señores de allende y aquende del Océano: el mundo social será al fin vencedor. En todos los pueblos comenzará a palpitar la conciencia social. Pueden hacer guerras por sus intereses capitalistas, pero las mismas guerras serán, en último término, las que preparen el camino de la exaltación social en el seno de los pueblos.

Material anticuado desde hace mucho tiempo

Es imposible que, a la larga, cientos de millones de seres sean organizados conforme a los intereses de unos pocos. El interés superior de la humanidad prevalecerá sobre los intereses de estos minúsculos mercaderes plutócratas. Nosotros tenemos pruebas de que también en los demás países la situación comienza hoy a hacerse ya crítica en este terreno. Los jefes laboristas ingleses vienen ahora, de pronto con « nuevas » ideas sociales, tan arcaicas y trilladas que yo sólo puedo decir:

Quédense ustedes con sus ideas, señores míos, que es material viejo, ya archivado por nosotros, anticuado ya desde hace tiempo. Si quieren ustedes saber cómo se hace algo así, no deben aceptar programas que eran modernos entre nosotros allá por los años ochenta o noventa. Deben llegarse a nosotros, señores míos, y estudiarnos, si desean aprender cómo se hace esto.

Pero de todos modos basta ya el hecho de que algo así aparezca ahora súbitamente como objetivo. ¿Por qué, entonces, hacen estos señores en realidad la guerra? Primero dicen: Los pueblos del mundo deben desangrarse para combatir al Nacional-socialismo; ahora sacan de repente del último cajón de la gaveta puntos del programa de nuestros predecesores remotos. ¿Por qué esto? Esto hubieran podido hacerlo, no obstante, a menos precio. Pero constituye una prueba de que también allí comienzan los pueblos a agitarse. O si, por ejemplo, estalla una tempestad en Inglaterra porque alguien — creo que un coronel — declara: « En este país — es decir, en la socialmente progresiva Inglaterra, por lo tanto, — no sirven los oficiales procedentes de las clases bajas, sino que sólo pueden extraerse de las elevadas, pues aquéllas no valen para esto », yo sólo puedo preguntar: ¿Por qué se agitan? ¿Por qué ha dicho esto? Ellos debieran alterarse porque esto es así, pero no porque uno lo exprese al fin. Es interesante que nadie se indigne porque la realidad es así. Esto quiere decir, por lo tanto, que, en realidad, sólo hombres de esta clase más elevada pueden llegar allí a ser algo. Por esto debieran indignarse, pero no porque alguien, neciamente, lo divulgue ahora en la guerra. Entre nosotros — si ellos desean aprender algo — esto fué zanjado hace ya mucho tiempo. Hace todavía poco, decían que nuestros oficiales y generales no servían, porque eran jóvenes y contaminados por el acervo de ideas nacionalsocialistas; por lo tanto también tienen algo que ver con la gran masa. Ahora, los acontecimientos han mostrado ya dónde se encuentran los mejores generales, si allí o entre nosotros. Si la guerra dura todavía más será una gran desdicha para Inglaterra. Allí tendrán aún mucho que sufrir. Y un día enviarán los ingleses, tal vez, una comisión para que les demos nuestro programa.

No querían llegar a una inteligencia

Esta Alemania social es lo que esta camarilla, compuesta de judíos y sus gentes de negocios y sus mercaderes, odian hasta el paroxismo. Nuestra política exterior, interior y

económica aparece, por el contrario, férreamente determinada. Sólo hay un objetivo organizado, que es el pueblo. Todos los caminos que nosotros debemos pisar deben al final, desembocar allí. Estamos convencidos de que, si no se quiere destruirlo todo, sólo se puede seguir benévola-mente este camino, y mantenerlo. Pero el movimiento no es tampoco la aparición temporal de un hombre. Antes de ahora, yo he dicho ya en nuestra lucha: el Naciona-socialismo determinará los milenios venideros de la historia alemana. Ya no es posible ignorarlo. Sólo pasará cuando los puntos de su programa se hayan transformado en algo natural.

Pero incluso en la guerra se dió todavía la posibilidad de una avenencia. Inmediatamente después de la guerra de Polonia volví a tender la mano. Yo no he exigido nada de Francia ni de Inglaterra. Fué en balde. Entonces, a renglón seguido del desmoronamiento en el Oeste, volví a ofrecer la mano a Inglaterra. Sólo recibí griterío y escarnio. Escupieron formalmente sobre mí. Estaban indignados. Bueno también. Por consiguiente todo ha sido estéril. Los intereses financieros prevalecieron sobre los verdaderos intereses nacionales. Por lo tanto, la sangre de los pueblos debe ponerse nuevamente al servicio del dinero de este pequeño grupo de intereses internacionales.

Así llegó la primera lucha y así continuará esta pugna. Pero yo, pensando retrospectivamente, debo decir algo: el año que queda tras nosotros y la última parte del precedente han decidido ya prácticamente esta guerra. El enemigo que movilizaron contra nosotros, primero en el Este, fué eliminado en pocas semanas. La tentativa de privarnos en el Norte de la importación de minerales y de lograr una base de ataque contra la Alemania del Nordeste fué malograda del mismo modo en mes y medio. El intento de alcanzar la zona del Ruhr, a través de Holanda y Bélgica, fracasó después de pocos días. Francia siguió el mismo camino. Inglaterra fué expulsada del continente. Yo leí algunas veces que los ingleses tienen el propósito de comenzar en alguna parte una gran ofensiva. Yo tengo a este respecto el solo deseo de que me lo comuniquen de antemano. Entonces haría, con gusto, que evacuasen antes este territorio.

¡Yo les evitaría todas las dificultades del desembarque y entonces podríamos presentarnos otra vez y hablarnos en el único idioma que ellos entienden!

Tienen esperanzas, porque tienen que tenerlas. Pero ¿qué es lo que esperan? Nosotros estamos aquí en este continente y de donde nosotros estamos, ya no nos quita nadie. Nos hemos procurado determinadas bases que, cuando llegue el momento, nos servirán para los golpes decisivos. Esos señores verán históricamente este año que hemos aprovechado el tiempo para ello.

¿Esperanza en América?

¿Qué esperan? ¿La ayuda de quién? ¿De América? No puedo decir más que una cosa y es que hemos calculado de antemano todas las posibilidades.

Para todo aquél que no quiera tergiversar a sabiendas la verdad, es claro que el pueblo alemán no tiene nada contra el pueblo norteamericano. Alemania no ha defendido jamás intereses en el continente americano a no ser el que los alemanes hayan luchado también por la libertad de ese continente. Si ahora los Estados de ese continente intentan quizá intervenir en el conflicto europeo, los fines se cambiarán entonces rápidamente. Entonces será Europa la que se defenderá.

Pero no hay que hacerse ilusiones. El que crea poder ayudar a Inglaterra tiene que saber, desde luego, que todo barco que se ponga al alcance de nuestros torpedos, venga o no escoltado, será torpedeado.

¡Estamos en una guerra que nosotros no hemos querido. Al contrario! No se puede tender al adversario la mano más de lo que yo lo he hecho. Pero si los adversarios quieren la lucha y se proponen extirpar a la nación alemana, se van a llevar un chasco. En esta ocasión no hay, como en la guerra mundial, una Alemania desfallecida, sino una Alemania movilizadísima en sumo grado, capaz de luchar y decidida a la lucha.

La relación entre Alemania e Italia

Ahora bien, si tienen otras esperanzas, entonces puedo decir que no les comprendo. Dicen que Italia va a fallar. Mejor harían esos señores en no inventar revoluciones en Milán sino en fijarse en que no surjan entre ellos. La relación entre Alemania e Italia la ven esos Estados de la misma manera que ellos suelen conducirse con sus amigos. Cuando en las democracias el uno ayuda al otro, pide siempre a cambio algo, bases u otras cosas que después ocupa.

Cuando las escuadrillas de aeroplanos italianos fueron enviadas a las costas del Atlántico, la prensa inglesa dijo que los italianos se metían en nuestros planes de guerra y que en el futuro pedirían una base en el Atlántico. Ahora, cuando las escuadrillas alemanas están en Sicilia, dicen que probablemente Alemania se incautará de Sicilia. Que tengan el convencimiento de que con esas necedades no moverán un solo hombre ni en Alemania ni en Italia. No hacen más que demostrar la morbosa insensatez de la gente que en Inglaterra propala semejantes cosas. Y ante todo demuestra esto que no han comprendido el sentido de esta guerra, que es el siguiente: dondequiera que podamos batir a Inglaterra la batiremos. Pero si en algunos fracasos de nuestro aliado ven ya una prueba de su triunfo, entonces no comprendo a los ingleses. Hasta ahora, en sus propios fracasos han visto siempre la prueba de su gran triunfo. Esta cuenta es una cuenta total que se liquidará al fin de la guerra, punto por punto, kilómetro cuadrado por kilómetro cuadrado . . .

Y deben estar convencidos también de una cosa: el Duce y yo, nosotros dos, no somos ni judíos ni especuladores. Si nosotros dos nos damos la mano, esa mano es de hombres que tienen honor.

Y es de esperar que en el transcurso del año vaya esto asomando y adquiriendo claridad para esos señores.

Quizás esperan en los Balcanes. Tampoco daría yo mucho por eso, porque una cosa es cierta y es que

dondequiera que Inglaterra se presente, atacaremos y somos bastante fuertes para eso.

Quizás tienen la esperanza en otros Estados que creen poder hacer entrar en la lucha. No lo sé; pero puedo aseguraros, camaradas, vosotros que desde hace tantos años me conocéis como hombre precavido que siempre mira al futuro, que toda posibilidad imaginable la hemos pesado objetivamente y la hemos puesto en cuenta. Y al final está nuestro triunfo.

Quizá tienen todavía una esperanza que ya no es tan grande: la del hambre. Nosotros hemos organizado nuestra vida. De antemano sabíamos que en la guerra no puede haber abundancia. Pero hambre no pasará el pueblo alemán jamás ¡Jamás! Antes el inglés. De esto pueden estar seguros esos señores.

¿Falta de materias primas? También lo hemos previsto todo. De ahí el plan cuatrienal. Quizá se han dado cuenta de ello ya algunos ingleses. No queda más que una cosa y es que crean verdaderamente poder engañar otra vez al pueblo alemán con sus imposturas y con sus frases. Y aquí puedo decir únicamente que para ello no debían haber dormido tanto. Deberían haberse preocupado un poco del proceso interno del pueblo alemán. Con la misma insensatez intentaron apartar al pueblo italiano del Duce. Un lord británico se levanta y hace un llamamiento al pueblo italiano para que siga, no al Duce sino a él. ¡Qué necesidad!

Y otro lord se levanta y conmina al pueblo alemán a seguirle a él y a apartarse de mí. Lo único que puedo decir a esos hombres es que ya lo han intentado otros muy distintos. ¡Qué idea tiene esa gente del pueblo alemán, del Estado nacionalsocialista, de nuestra comunidad, de la legión de nuestras masas en marcha! ¡Qué idea tiene de la Propaganda!

Como al parecer no estaban muy convencidos de la eficacia de su pensamiento, han tomado prestadas algunas fuerzas de Alemania. Pero son precisamente las fuerzas que aquí fracasaron lastimosamente, a saber, los emigrados que aquí llevaron las de perder. Estos son sus consejeros. En sus panfletos lo conocemos en seguida.

Sabemos exactamente: esto lo ha hecho éste, aquello este otro tan estúpido como entonces entre nosotros. Sólo que en aquel entonces aparecía encima el título « Vossische Zeitung »

y hoy se halla el « Times » u otro semejante. Y la gente se imagina que una cosa tan vieja, tan remotamente vieja, que ya no tenía atractivo en la « Vossische Zeitung », lo tendrá ahora si se publica en el « Times » o en el « Daily Telegraph ». En estas democracias se ha producido realmente un reblandecimiento del cerebro. Pueden estar tranquilos: el pueblo alemán hará todo lo que sea necesario para sus intereses; y seguirá a su mando. El sabe que sus jefes sólo tienen una meta; sabe que hoy se halla a la cabeza del Reich un hombre que tampoco tiene en el bolsillo un lote de acciones o que persigue sus intereses personales. Este pueblo alemán (lo sé y estoy orgulloso de ello) está juramentado conmigo y me sigue incondicionalmente.

Y aunque el mundo estuviera lleno de espíritus del averno

En este pueblo vuelve a revivir ahora un espíritu que ya nos acompañó una vez durante largo tiempo: ese fanatismo de estar dispuesto a todo, de tomarlo todo sobre nosotros. Cada golpe que recibamos lo devolveremos con intereses e interés de los intereses. Eso sólo servirá para endurecernos. Movilicen lo que movilicen contra nosotros . . . « Y aunque el mundo estuviese lleno de espíritus del averno, lo lograremos sin embargo. »

Y cuando por último dicen: « Sí, pero las faltas que hacen. » ¡Dios mío! ¿Quién es el que no hace faltas? Hoy por la mañana he leído que un ministro inglés — no sé cual — ha calculado por un procedimiento especial, que en al pasado año — por consiguiente, en 1940 — cometí 7 faltas ¡7 faltas! El hombre se ha equivocado. Yo he vuelto a repasar la cuenta y no he cometido 7 faltas sino 724. Pero he seguido contando, y resulta, que mis adversarios han hecho 4.385.000. Me lo pueden creer; lo he calculado exactamente.

Nosotros ya saldremos adelante con nuestras faltas. Si este año cometo tantas como el pasado, al terminarlo daré gracias a Dios de rodillas. Y si nuestros enemigos tienen tantos aciertos en éste como en el anterior, entonces también podré estar satisfecho.

Así vamos penetrando en este nuevo año con un Ejército armado como nunca lo estuvo en la historia de Alemania. En la tierra se ha aumentado de un modo imponente el número de las divisiones; su capacidad ha sido mejorada y se han utilizado y aprovechado las increíbles y únicas experiencias de guerra de sus jefes y hombres. Se ha trabajado y se sigue trabajando sin cesar. El armamento se ha mejorado y nuestros adversarios verán cómo se ha mejorado.

Esta primavera empezará la guerra submarina

En el mar empezará esta primavera la guerra submarina y también allí podrán darse cuenta de que no hemos dormido.

Y la aviación se les presentará en igual forma. Nuestro Ejército todo impondrá la decisión sea como fuere.

Nuestra producción ha experimentado en todos los sectores un aumento gigantesco.

Lo que los otros proyectan es ya realidad entre nosotros. Pero el pueblo alemán se halla tranquilo detrás de sus jefes y, confiado en su Ejército, dispuesto a soportar lo que el destino exija de él.

El año 1941, estoy convencido de ello, será el año histórico de un gran nuevo orden de Europa. El programa no puede ser otro,

que abrir el mundo para todos, acabar con los privilegios individuales, derrocar la tiranía de ciertos pueblos y la de sus dirigentes financieros.

Y por último, este año contribuirá a asegurar los fundamentos de una inteligencia real entre los pueblos y, por consiguiente, de la reconciliación de los mismos.

No quisiera olvidar lo que advertí ya una vez en el Reichstag el día 1° de septiembre de 1939, — la alusión de que si el resto del mundo fuese arrastrado a una guerra por el judaísmo, los judíos todos habrían concluido de representar su papel en Europa.

Contra la desmoralización de los pueblos

Pueden todavía reír sobre ello si quieren, exactamente igual que antes sobre mis profecías. Los meses y años venideros demostrarán que también aquí vi claramente. Ya hoy se va apoderando de un pueblo tras otro nuestra idea de las razas, y espero que también aquellos que todavía son nuestros enemigos, reconocerán un día cuál es su mayor enemigo interior, y que entonces formarán con nosotros en un mismo frente: el frente contra la explotación y desmoralización internacional judía de los pueblos.

Este año, que desde el 30 de enero se halla ya detrás de nosotros, fué el de los más grandes éxitos, también por cierto de grandes sacrificios. Aun cuando en su totalidad el número de muertos y heridos es pequeño comparado con el de anteriores guerras, es sin embargo grande el sacrificio para todos aquellos a quienes individualmente afecta. Nuestro reconocimiento, cariño y atención pertenecen a todos aquellos que han tenido que hacer un sacrificio. Ellos han sufrido lo que generaciones anteriores a la nuestra tuvieron que sufrir. Pero también cada alemán ha aportado su sacrificio. La nación ha trabajado en todos los sectores y sustituyendo al hombre ha trabajado particularmente la mujer.

Es una maravillosa idea de la comunidad la que domina a nuestro pueblo.

Sea nuestro deseo en el día de hoy, que esta idea nos sea conservada en toda su fuerza para el año venidero. Nuestra promesa, que queremos trabajar para esa comunidad. Nuestra fe y confianza, que en el servicio a esa comunidad logremos la victoria. Y nuestra oración, que Dios no quiera abandonarnos en la lucha del próximo año.

¡Alemania Sieg Heil!

